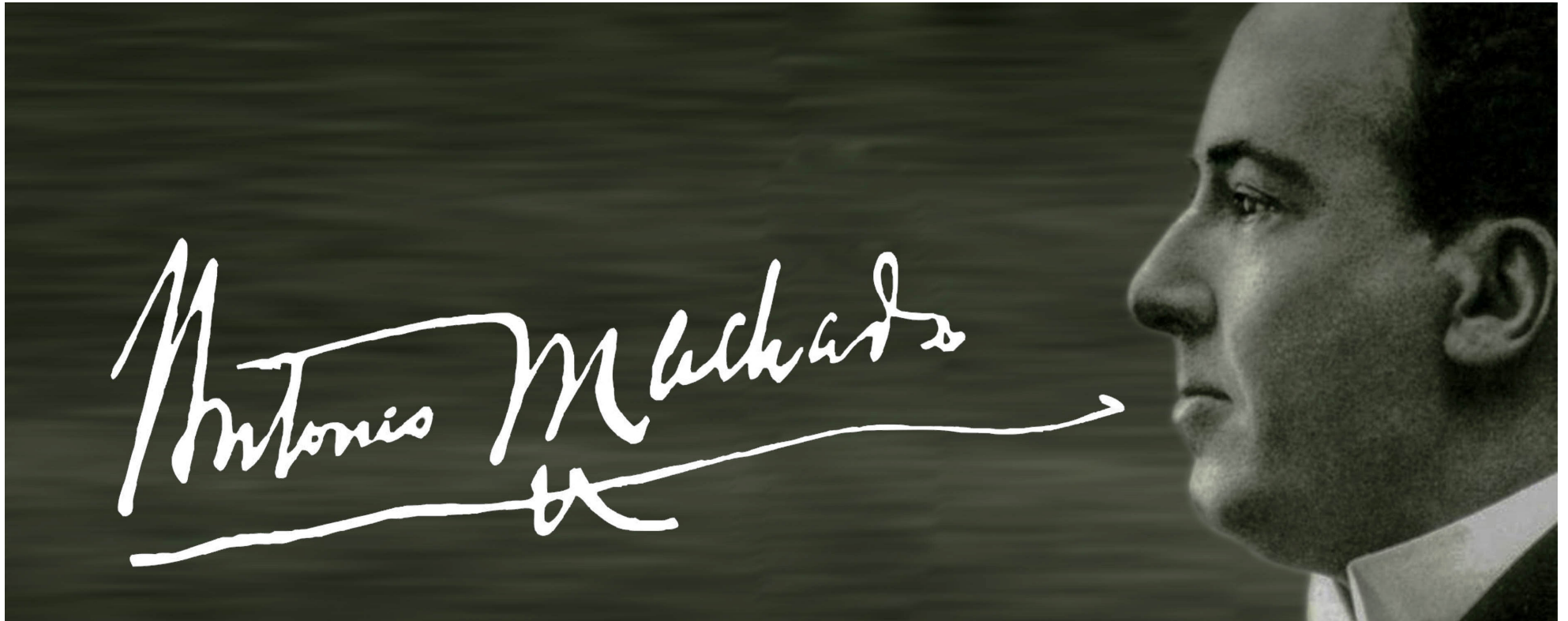




fundación
Ramón y Katia Acín

La muerte de Antonio Machado en su exilio de Collioure



A las tres y media de la tarde del miércoles 22 de febrero de 1939 – *miércoles de ceniza*- en la habitación de un modesto hotel de Collioure, extenuado de la vida y de la historia, falleció Antonio Machado, un poeta que marcaría la imagen de la vida y de la libertad frente a la muerte que representaron los sublevados contra al II República española.

Se murió solo, no lo mataron aquellos que acabaron con miles de españoles. Machado se fue, junto al mar, con razón y con ética.

Antonio Machado y María Zambrano. Preso y exiliado son hermanos.

Marta Herrero Gil. *Rinconete*. Centro Virtual Cervantes. 7 junio 2012

Cuentan que Antonio Machado y María Zambrano se encontraron cuando, a finales de enero de 1939, uno y otro emprendieron el exilio por la frontera de Portbou. El camino era largo y difícil; el tiempo, invernal; miles de personas buscaban a pie el país vecino. La filósofa y el poeta se habían conocido mucho tiempo atrás, cuando el padre de la muchacha [Blas Zambrano¹] y el gran escritor se hicieron amigos en Segovia.

Don Antonio venía arrastrando problemas pulmonares que se agudizaron esos días. Las afecciones del pulmón tienen que ver con la pena. El 28 de enero el poeta, su madre y otros seres queridos llegaron a Collioure, un pueblecito costero, alegre, convertido en fuente de inspiración para pintores. Poco después de las dos de la tarde salía María Zambrano de España. Dicen que recordó siempre la hora exacta. La acompañaba también su familia.

Para el poeta se iniciaba en Francia el último mes de su vida. Se sentía viejo. Paseaba a ratos con su hermano por el puerto y, sobre todo, callaba. Su corazón fue siempre nido de nostalgias. María Zambrano iniciaba una larga peregrinación que la llevó a París, Nueva York, La Habana, México, Puerto Rico, Francia, Roma o Ginebra. No volvería a instalarse en España hasta 1984. El exilio parecía marcarle un horizonte infinito de posibilidades.

Don Antonio, con su conciencia crepuscular, murió el 22 de febrero. Unos días antes su hermano había encontrado en su bolsillo un verso: «Estos días azules y este sol de la infancia». La nostalgia se volvía esperanza, reencuentro con el hogar, y anunciaba esa muerte que reúne al pasado con la eternidad. Lo envolvieron en una sábana, casi desnudo, junto a la mar, y lo enterraron en el cementerio local, donde es posible aún visitarlo.

María Zambrano reflexionó, con su conciencia auroral, sobre el sentido del exilio a partir de su experiencia. El exiliado vive a la inversa del preso: el primero no puede entrar, y al segundo no le dejan salir. El expatriado se siente desamparado, ha perdido su identidad y no tiene ni pasado ni futuro: sólo presente. El encarcelado se aferra al pasado casi siempre, y se asoma al futuro cuando se enciende la esperanza. Al exiliado le llega una sensación infinita de sequedad, la vida es inmensa como un desierto ilimitado; el preso sólo tiene ganas de llorar.

La filósofa introduce entonces en la expresión de su experiencia un «de repente»: ante la inmensidad de la vida y el desamparo se enciende una desconocida esperanza. Ésta salta muy a menudo de las situaciones sin salida, del más profundo dolor, del encierro o del exilio. La realidad se nos presenta siempre como promesa, y el exiliado, como el preso, es casi un místico porque en el límite del dolor, cuando nos hemos vaciado por completo, bien por falta de presente o por haber sido desinstalados de nuestro pasado (nuestra identidad, nuestra patria, nuestra vida entera, dice la filósofa), en el desvalimiento y la total pasividad, de repente se abre una puerta; y esa puerta es una revelación, motor de una ascensión, actualización de una llamada del corazón.

El exilio fue crepúsculo para Machado y aurora para Zambrano. Epílogo en el que reflejar sus nostalgias y acallar lentamente la vida para el poeta y hecho catártico y hasta catapultado de vida y de pensamiento para la filósofa. Espejos, en uno y otro, de lo más hondo de sus conciencias

¹ Blas Zambrano (1874-1938) fue maestro y pedagogo y compartió con su amigo Machado la fundación y mantenimiento de la Universidad Popular Segoviana.□



María Zambrano



La guerra de Antonio Machado—María Zambrano

Gustavo Sierra Fernández. *La Zamarra de Gustavo*, blog. 22 febrero 2014

La gran pensadora española María Zambrano sentía una gran admiración y un no menor cariño hacia Antonio Machado, por la razón de que cuando Machado estuvo en Segovia entabló amistad con Blas Zambrano, su padre. Por eso se deshacía en elogios hacia el poeta, que sin embargo no velaba la auténtica esencia del poeta-pensador, en la reseña que hizo en la revista *Hora de España*, en diciembre de 1937, sobre su libro *La Guerra*, que reunía muchas de sus poesías escritas hasta ese momento y la prosa didáctica de su profesor apócrifo Juan de Mairena (con el que ya se había identificado plenamente), al que utilizaba para expresar sus sencillos pensamientos filosóficos (morales, políticos, estéticos, metafísicos...).

Aquí presentamos una selección de textos de esta reseña; se puede encontrar en María Zambrano: *Los intelectuales en el drama de España y Escritos de la guerra civil*. Presentación de Jesús Moreno Sanz. Editorial Trotta, Madrid, 1998, pp. 171-178 (III. Escritos y notas durante la guerra civil. “La guerra de Antonio Machado”).

La Guerra de Antonio Machado

(...)

«La poesía española es tal vez lo que más en pie ha quedado de nuestra literatura, cosa que no nos ha sorprendido, porque su línea ininterrumpida desde Juan Ramón Jiménez es lo más revelador, la manifestación más transparente del hondo suceso de España, y si algún día alguien quisiera averiguar la profunda gestación de nuestra historia más última, tal vez tenga que acudir a esta poesía como a aquello en que más cristalinamente se aparece. Lo que estaba aconteciendo entre nosotros era de tal manera grave, que huía cuando se pretendía apresarla y aparecía, en cambio, en casi toda su plenitud cuando el hombre creía estar solo, entregado a sus más íntimos y recónditos afanes. Por esto y por otras razones, entre las que pudiéramos apuntar que la historia de España es poética por esencia, no porque la hayan hecho los poetas, sino porque su hondo suceso es continua trasmutación poética y quizá también porque toda la historia, la de España y la de cualquier otro lugar, sea en último término poesía, creación, realización total; por todo esto que se apunta y por otras cosas que se callan, tal vez sea la poesía española, desde Juan Ramón Jiménez hasta hoy, el índice o documento mejor de nuestros verdaderos acontecimientos.

«Testimonio de nuestro suceso, la poesía, hasta en sus últimas consecuencias, ha tenido el testimonio extremo, ha tenido sus mártires y hasta sus renegados, si bien es verdad que la poesía de estos últimos se ha desdibujado de tal manera que apenas existe. La poesía española hoy nos acompaña, justo es proclamarlo, y con tanta mayor imparcialidad por no ser quien esto afirma y siente de la estirpe de los poetas.

«Pero entre todos los poetas que en su casi totalidad han permanecido fieles a su poesía, que se han mantenido en pie, ninguna voz que tanta compañía nos preste, que mayor seguridad íntima nos dé, que la del poeta Antonio Machado.

«No es un azar que sea así, por la condición misma poética que de siempre ha tenido Machado; nada nuevo nos brinda, nada hay en él que antes y desde el primer día ya no estuviera. Y si hoy aparece en primer término y con mayor brillo, se debe no a lo que él haya añadido, sino a la situación de la vida española, a que por virtud de las terribles circunstancias hemos venido a volver los ojos, en esa última mirada de vida o muerte, hacia lo cierto, hacia lo seguro, hacia la verdad honda que en horas más superficiales hemos podido quizá eludir. La voz poética de Antonio Machado canta y cuenta de la vida más verdadera y de las verdades más ciertas, universales y privadísimas al par de toda vida.



¿Qué sería de nosotros, de todo hombre, si no supiésemos hoy y no nos lo supiese recordar el saber último que con sencillez de agua nos susurran al oído las palabras poéticas de Machado? Y aunque en última instancia todo hombre, toda hombría en plenitud, sepa de esas cosas, es necesaria siempre su formulación poética, porque en la conciencia de un poeta verdadero adquieren claridad y exactitud máxima, al ser expresadas, al ser recibidas por cada uno en su perfecto lenguaje, ya no nos parecen nuestras, cosa individual, sino que nos parecen venir del fondo mismo de nuestra historia, adquieren categoría de palabras supremas, esa que todo pueblo ha necesitado escuchar alguna vez de boca de un legislador, legislador poético, padre de un pueblo. Palabras paternas son las de Machado, en que se vierte el saber amargo y a la vez consolador de los padres, y que con ser a veces de honda melancolía, nos dan seguridad al darnos certidumbre. Poeta, poeta antiguo y de hoy; poeta de un pueblo entero al que enteramente acompaña.»

(...)

«... La palabra del poeta ha sido siempre necesaria a un pueblo para reconocerse y llevar con íntegra confianza su destino difícil, cuando la palabra del poeta, en efecto, nombra ese destino, lo alude y lo testifica; cuando le da, en suma, un nombre. Es la mejor unidad de la poesía con la acción o como se dice con la política, la mejor y tal vez única forma de que la poesía puede colaborar en la lucha gigantesca de un pueblo: dando nombre a su destino, reafirmando a sus hijos todos los días su saber claro y misterioso del sino que le cumple, transformando la fatalidad ciega en expresión liberadora. Y sin buscarlo nos acude a la mente un nombre: Homero, a quien de un modo literario en nada pretendemos cotejar con nuestro humilde cantor de los campos castellanos, el cantor -¿coincidencia?- de las *altas praderas numantinas*. No se trata de comparar méritos, ni nosotros sabríamos discernirlo, pero es quizá una categoría poética que un poeta determinado puede llevar con o más o menos talento, con más o menos fortuna literaria. Si acude con su grandeza impersonal -impersonal hasta en su ciega mirada- el divino cantor de la Grecia legendaria es por eso, justamente, por su impersonalidad, porque a su través ya no creemos escuchar a un hombre determinado, sino a un pueblo.

«Todo ello acude a decirnos que es Antonio Machado un clásico, un clásico que por fortuna vive entre nosotros y posee viva y fluyente capacidad creadora. Y es clásico también por la distancia de que su voz nos llega; con sentirla cada uno dentro de sí, se le oye llegar de lejos, tan de lejos que oímos resonar en ella todos los íntimos saberes que nos acompañan, lo que en la cultura viene a ser la paternidad, aquello que poseemos de regalo, de herencia. Por el solo hecho de ser española recibimos el tesoro con nuestro idioma, lo recibimos y llevamos en la sangre, en lo que es sangre en el espíritu, en aquello vivo, íntimo y que, siendo lo más inmanente, es lo que nos une: la sangre de una cultura que late en su pueblo, en el verdadero pueblo, aunque sea analfabeto. Y por esto es también su viva historia lo que pasa y lo que queda.»

«Poeta clásico. Una de las cuestiones que más falta haría aclarar y poner de manifiesto es la diferente manera de ser poeta o las diferentes formas de poesía. No cabe con una mínima honestidad intelectual abarcar lo mismo a fenómenos y sucesos tan desemejantes como el de Verlaine y Dante, por ejemplo. Aunque a todos abarque la unidad de la poesía, sin duda son varias las especies de ella, que hacen distinta la situación del poeta con respecto a su propia poesía y distinta la función histórica de la misma poesía.»

(...) *Machado*: «Todo poeta -dice Juan de Mairena- supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya -implícita-, claro está -nunca explícita-, y el poeta tiene el deber de exponerla por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos.»



«Es esta relación entre pensamiento filosófico y poesía uno de los motivos más hondos para clasificar a un poeta, si la tal clasificación existiera. Un motivo hondo, moral, salta a la vista en el caso de Machado. Y es el sentimiento de responsabilidad. Machado hombre acepta lo que dice Machado poeta y pretende en último término darnos las razones de su poesía, es decir, que el poeta humildemente (...) somete a justificación su poesía, no la siente manar de esas regiones suprahumanas que unas veces se han llamado musas, otras inspiración, otras subconciencia, designando siempre, al poner su origen tan alto o tan bajo, mas nunca en la conciencia, que la poesía no es cosa de la que se pueda responder; que ello es cosa de misterio, cosa de fe, milagrosa revelación humana en que no interviene el Dios, pero sí lo que cerca del hombre sea más divino, esto es, más irresponsable.

«Machado, que dice sin embargo, en una de las páginas de este libro: “por influjo de los subconsciente *sine qua non* de toda poesía”, somete luego la poesía a razón diciendo que la lleva implícita, es decir, que en último término no cree en la posibilidad de una poesía fuera de razón o contra la razón, fuera de la ley. Para Machado, la poesía es cosa de conciencia. Cosa de conciencia, esto es, de razón, de moral, de ley.

«Y si miramos a su propia poesía, sin atender a los pensamientos que Juan de Mairena o el mismo Machado hombre nos da en *La Guerra*, vemos que no le es ajeno el pensamiento. No sucede esto en el mundo por primera vez: que pensamiento y poesía, filosofía y poesía se amen y se requieran en contraposición, y tal vez para algunos, consuelo de aquellas veces en que mutuamente se rechazan y andan en discordia. No es la primera vez, y así acuden a nuestra memoria las diversas formas de esta unidad. Los primeros pensamientos filosóficos son a la par poéticos [*Parménides y Pitágoras*, «poetas y filósofos son al mismo tiempo los descubridores de la razón en Grecia»; *Dante (poesía escolástica)*, *Baudelaire*; pero, más cercano, *Jorge Manrique*] (...) De un lado Jorge Manrique, de otro la poesía popular, especialmente andaluza, en que nuestro pueblo dicta *su sentir*, sentir que es sentencia, esto es, corazón y pensamiento.»

El estoicismo de Manrique parece tener raíces populares

Machado, como, en cierto modo, por el tema del amor, su carácter de “poeta erótico”, continuador de la mística de san Juan de la Cruz:

«... Amor infinito hacia la realidad que le mueve a reintegrar en su poesía toda la íntima sustancia que la abstracción diaria le ha restado.»

(...) *Machado*: «Poesía y razón se completan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser.»

«Amor y conocimiento, a través de estas páginas de *La Guerra*, van directamente hacia su pueblo. La entereza con que el ánimo del poeta afronta la muerte le permite afrontar *cara a cara* a su pueblo, cosa que sólo un hombre en su entereza puede hacer. Porque es la verdad la que le une a su pueblo, la verdad de esta hombría profunda que es la razón última de nuestra lucha. Y en ella, pueblo y poeta son íntimamente hermanos, pero hermanos distintos y que se necesitan. El poeta, dentro de la noble unidad del pueblo, no es uno más, es, como decíamos al principio, el que consuela con la verdad dura, es la voz paternal que vierte la amarga verdad que nos hace hombres. Voz paternal de Machado, aunque tal vez a sentirla así contribuya, para quien esto escribe, el haber visto su sombra confundida con la paterna en años lejanos de adolescencia (...)»

El libro se cierra con un recordatorio a Emiliano Barral

«... Sin melancolía y con austero dolor nos habla a lo más íntimo de nosotros este libro, *La Guerra*, ofrenda de un poeta a su pueblo.»

Hora de España (Valencia-Barcelona), XII (diciembre de 1937), pp. 68-74



Antonio Machado ante el destierro. Detalles inéditos de su salida de España

Corpus Barga [Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna]. Diario *La Crónica*. Lima, Perú, principios de 1956.

En un artículo de colaboración, de esos que las agencias reparten a numerosos periódicos americanos, bajo el título de "Antonio Manchado en París", se recoge, una vez más, la especie vulgarmente propalada de que Machado, al terminar la guerra civil, salió de España en el mayor abandono, "traicionado por los suyos", no tiene inconveniente en escribir el historiador Melchor Fernández Almagro, autor de dicho artículo. Para hacer tan extrema afirmación, éste se basa, según dice, en un escrito publicado en París **como** contribución a un homenaje que, por lo visto, han rendido a Machado, y del cual escrito nos da a conocer las siguientes líneas: "El 29 de enero de 1939, a pie, sin dinero, sin equipaje, con su anciana madre de 88 años, bajo helada lluvia, Machado atraviesa la frontera. Enfermo, no sale de su cuarto, en un hotel de Collioure, nada más que para pasear un poco por la playa". Si el escrito no añade otras precisiones sobre este punto, no se puede ni sospechar de dónde salen las consecuencias de abandono y traición. ¿Cómo podía estar él traicionado y abandonado, sin equipaje y sin dinero, en el hotel de un puerto turístico del Mediterráneo? No sé lo que se habrá dicho en ese homenaje de París. Otras veces se ha dicho, incluso, que Machado murió en un campo de concentración. Y esto no ya por pasión política ni mucho menos por mala intención, sino porque producir patrañas es una de las funciones naturales del hombre en todos los campos políticos y sociales. La función del historiador debiera ser deshacerlas; pero, como los historiadores son hombres, lo que suelen hacer es prestar a las patrañas el supuesto valor histórico. Por eso la historia se halla tan desvalorizada. La memoria de Antonio Machado y un deber de lealtad que debe sentir todo ciudadano de la república de las letras españolas, en América más aún, si es posible que en España mismo, me obliga, ahora que tengo oportunidad a restablecer la verdad de los hechos, dejándome de historias, sencillamente como testigo de vista y de oídas, pues fui uno de los que salió con Machado al destierro.



Corpus Barga

Mucho antes de que terminara la guerra, pudo salir con su madre. No quiso abandonar a su numerosa familia de sobrinos. Estaba en Barcelona cuando se inició la última ofensiva franquista en Cataluña y fue trasladado a no sé exactamente qué lugar cerca de Gerona. A esta última ciudad llegamos, en uno de los últimos automóviles que salieron de Barcelona, Navarro Tomás, el gran especialista de fonética, actualmente en los Estados Unidos; el director de la Enseñanza Técnica, cuyo nombre no recuerdo en este momento; dos secretarias o dactilógrafas y yo. Cuando las tropas franquistas, en su avance, amenazaban y bombardeaban Gerona, vino a sacarnos de ella el doctor Trías, reputado hasta entonces sólo por su ciencia y desde entonces también por su dinamismo generoso. Había organizado con otros universitarios catalanes, de acuerdo, claro está, con las autoridades republicanas, una expedición para llegar a la frontera. Fuimos de noche al punto de reunión, una hermosa, y debía de haber sido abundante, masía catalana. Allí había un buen golpe de profesores y estaba Antonio Machado con su madre, su hermano José, el pintor, y la mujer de éste. Estaba sentado, bebiendo una taza de leche condensada que no acababa de diluirse en el agua por más que él la removía con una cucharilla antes de cada sorbo. En esa masía, donde los burgueses de Barcelona alquilaban habitaciones de lujo para descansar unos días, no quedaba leche fresca ni se podía obtener agua caliente. La guerra, cumpliendo con su deber, había acabado con todo. Machado tenía su inseparable bastón entre las piernas. Nos pusimos a hablar tranquilamente, como en un café madrileño de su época, y me hizo reír contando, con su seriedad andaluza, casos y cosas de aquel Madrid. De Valle-Inclán, a quien ha conocido tan íntimamente, me contó anécdotas que yo no sabía, las más sabrosas, pero añadiendo siempre: "Tenemos que dejarnos de hablar así de Valle-Inclán, su obra está pidiendo que hablemos de ella y de él muy en serio".



Ni mientras esperábamos en la masía ni luego en la expedición, aquella misma noche y el día siguiente, habló de la guerra y de la situación en que nos encontramos si no era provocado por alguna pregunta, y contestaba brevemente y como de pasada, volviendo a la conversación que llevaba sobre temas de la vida y las letras. Casi un día entero tardamos en automóvil de la masía gerundense a la frontera. En tiempo normal, en el mismo vehículo, hubiera sido un corto paseo. Por los caminos se arrastraban millares de hombres, mujeres y niños con sus ajueres y sus animales domésticos, venidos de todas partes, algunos de lejos, en toda clase de automóviles o en carros, hasta en cañones, tirados por tractores (entonces se notaba un fenómeno moderno: la inexistencia de la tracción animal), el río humano y, aunque motorizado, remoto de las migraciones, el éxodo bíblico. Y los caminos no eran seguros, amenazaba la aviación, la costa no tenía defensas para impedir un al parecer obligado desembarco. No había periódicos, radios, ni medio ninguno de tener noticias aproximadas; había rumores, eran los que iban de prisa, corrían desviando, haciendo zigzaguar a las pesadas caravanas.

Llegados sin embargo a la raya de Francia, en lo alto de la carretera de Port-Bou a Cerbére, una fila de soldados franceses no permitía el paso de los vehículos. Estaba cayendo la tarde, llovía, y les dijimos a Machado y a su madre que nos aguardaran en el automóvil. Nos acercamos a la caseta donde se encontraba el comisario de policía francés dirigiendo las operaciones para manejar el río humano de España que se vertía en Francia. Penetré yo en su despacho porque, como había vivido tanto en París, pude presentar todavía mis papeles en regla. Le dije quién era Machado y le rogué que tuviese junto a su buena chimenea de leña a Machado y a su madre mientras yo y mis amigos bajábamos a Cerbére, que no está cerca, a buscar un carruaje cualquiera para trasladarlos. El comisario me contestó que no necesitábamos molestarlos, pues irían en su automóvil. Así ocurrió. Antonio Machado, con su madre, su hermano y su cuñada, pasó la noche en la estación de Cerbére, en un vagón de ferrocarril. Llevaba equipaje. No tenía moneda francesa. Al día siguiente tuvo moneda francesa y una carta del ministro de Estado de la República Española, que le trajo de Perpiñán Navarro Tomás, en la cual el ministro le decía que la embajada de la república en París tomaba a su cargo todos los gastos de él y su familia. En la embajada ocupaba un puesto importante el escritor y profesor Santullano, muerto no hace mucho en México, cuya bondad era conocida de todos, seguramente también de Fernández Almagro, y el bueno de Santullano era además amigo íntimo de Machado: ¿Quién puede pensar que lo traicionó y lo abandonó? El hombre que compone la historia en su gabinete puede pensar que las cosas podían haberse hecho mejor. Somos muchos en nuestra época los coleccionistas de momentos históricos.

En la especialidad de éxodos yo poseo tres: el de París en 1914, cuando el Gobierno se trasladó a Burdeos con sus administraciones y el cuerpo diplomático; el de España, que estoy relatando, y nuevamente el de París en la última guerra europea. En 1914 los corresponsales extranjeros nos quedamos en la capital, que se disponía a la defensa, pero vimos cómo se marchaba el mundo oficial sin preocuparse de los escritores, ni de los artistas, ni de nadie. Aun vivía el último ejemplar de esa especie monstruosa de santones laicos a quienes se les rendía un culto religioso. He nombrado, claro está, a Anatole France. Pues ahí se quedó el gran Anatole France en espera de la salida de un tren, paseando su ciertamente alta talla por el "hall" del hotel del Quai d'Orsay, sin más compañía que el achaparrado Rappoport, un emigrado ruso del tiempo de los zares, medio revolucionario y medio bufón del barrio latino. Y no se parecía a Don Quijote y Sancho porque Anatole France, en aquellos momentos que luego tuvo la valentía de renegar por la parte que tomó en ellos, se puso, contra sus ideas, al servicio del Gobierno. Cuando el éxodo parisiense de la guerra última, ningún elemento oficial se acordó, por ejemplo, de Paul Valéry, que, si no era de la especie de Anatole France, era el académico pensador a quien pedía el Gobierno que dictase una sentencia para ponerla en el frontón del Museo del Hombre. Paul Valéry se quedó, a su vez, en París. Malraux, que lo vio, me dijo que estaba desorientado, sin comprender ni saber lo que pasaba. Puede ser escrita cómodamente la historia imaginada. Vivirla, más que peligroso, aun en los trances de peligro, es incómodo.



Machado no fue a París porque no quiso. Guardaba cierto recelo fisiológico a la capital de Francia desde que su mujer contrajo la enfermedad que la mató y por ende influyó tanto en la vida y en la obra del poeta. Prefirió quedarse en un pueblecito del Mediodía. Entonces lo conduje yo a Collioure, delicioso puerto de pesca del Mediterráneo, conocido por los pintores y visitado por los turistas. En Collioure no tuvo más remedio que entrar a pie. Estaban arreglando el suelo en la avenida de la estación. Pero él podía andar apoyado en su bastón, arrastrando los pies más que de costumbre. El problema estaba en su madre, la viejecita, porque el otro hijo cargó con el equipaje. No era difícil la solución. La cogí en brazos, pesaba como una niña, y mientras la llevaba me susurraba en el oído: "¿Llegamos pronto a Sevilla?". No sé si bromeaba, a su vez, en serio o si había vuelto en imaginación a su juventud, cuando era una madre feliz en la capital de Andalucía. Tal es la realidad, no digo histórica, desde luego verdadera, de la salida de Antonio Machado al destierro. Vulgarmente parecerá prosaico. Tiene más poesía y es más tensa que el lirismo barato y el melodramatismo fácil de imaginar al poeta en el destierro traicionado y abandonado. De seguro, Melchor Fernández Almagro, cuya amistad recuerdo con simpatía, me agradecerá estas noticias, que le permitirán rectificar esa equivocación poco favorable a su prestigio y al crédito de su conciencia de historiador. Sólo cabe explicarse por la ofuscación de las pasiones sectarias que él achaca a los otros, el que haya aceptado sin las comprobaciones más elementales una versión tan burda. El hermano entrañable de Antonio, su compañero inseparable de destierro, el pintor José Machado, vive en Santiago de Chile. He tenido noticias suyas recientes. Acaba de pintar un retrato de su hermano joven, en los días que publicó "Soledades". No he visto el cuadro ni en fotografía, no puedo apreciar su valor artístico. Más qué documento: un retrato de Machado joven hecho de memoria por su hermano. ¿No habrá ningún centro docente, asociación cultural o amigo de las letras que quiera adquirirlo? Porque si Antonio Machado no murió en ja miseria que se ha dicho, su hermano, veinte años después, se ve obligado a luchar con la miseria del artista en la emigración". □



Corpus Barga (Madrid, 9 junio 1887– Lima, Perú, 8 agosto 1975)

José Esteban. Política nº 60 Enero-marzo 2007

Corpus Barga, cuyo verdadero nombre fue el de Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna, nació en Madrid el 9 de junio de 1887. Por ser el día de la festividad del Corpus, lo eligió como primer nombre de su seudónimo, añadiéndole el segundo apellido de su primer compuesto. Resultó así, curiosamente, Corpus Barga.

Inolvidable periodista, su primer artículo apareció en El País, "la vieja gaceta zorrillista, donde los nietos de Dantón soñaban entre luces de bohemia y divanes desvencijados, con el advenimiento de la segunda república" (José Altabella). Desde aquella primera colaboración, La soberbia del mercurio, publicará cientos, miles de crónicas y artículos y decenas de ensayos en los periódicos y revistas culturales más prestigiosos del mundo hispánico.

Se inicia así como periodista muy joven en la prensa nacional. Colabora en El Intransigente, y, más tarde en El Radical, desde marzo de 1910 hasta el 9 de abril de 1912. "Yo escribía en periódicos -recordará más tarde - como El País y en todos los periódicos de rebeldía que había entonces. Así empezábamos todos. Azorín me dijo un día que él había estado escribiendo un año entero en El País, sin cobrar, un artículo casi diario, y que son los mejores artículos que ha escrito, en los que ha escrito con más pasión".

En estos jóvenes años inicia su amistad con los hermanos Baroja, Valle-Inclán y Silverio Lanza, asistiendo a las tertulias del Café de Levante.

A mediados de 1910 viaja a París, ciudad en la que vivirá, si descontamos su estancia en Berlín en 1930 y Madrid, durante los años republicanos, hasta 1948. Las causas de este exilio voluntario son bastante complejas: "Soy, como tantos españoles, intelectuales y obreros desperdigados por Europa, un inadaptable a la vida española, no porque lleve viviendo muchos años fuera, sino que estoy fuera desde mi juventud por haber disentido radicalmente de la vida en España. Y no únicamente del régimen político. De la vida, es decir de la sociedad en todas sus manifestaciones".

Allí se relaciona con Ciges Aparicio, con Manuel Machado, con Bonafoux, con el viejo republicano Nicolás Estévez (a cuyo entierro y la incineración de su cadáver, en el famoso cementerio de Père Lachaise, asistirá en 1914). Y también conoce a Pedro Luis de Gálvez, el impenitente bohemio.

Regresa a España en 1911 y reanuda sus colaboraciones periodísticas. Por estas fechas se siente ya verdaderamente republicano ("Republicano de toda la vida", se llamará más adelante), en unos momentos en que "una opinión republicana amplia y difusa se moría soñolienta y éramos raros y pasábamos, salvo para la policía, desapercibidos los republicanos declarados (...) Había que ser un joven sin porvenir o una persona muy poco seria para sentirse entonces republicano fuera de las organizaciones históricas y comprometidas y en contra de los cazadores furtivos". ("Política y literatura", Revista de Occidente, varios números de 1935). Coincide su crítica de este republicanismo bobalicón con lo expresado por otro gran periodista, Ciges Aparicio, en su libro Del periódico y de la política.



Corpus Barga



Durante sus muchos años en París se relaciona con artistas, escritores y políticos, tanto con los que residen en la ciudad como los que la visitan, convirtiéndose en el cicerone para españoles en París. Así, en 1916, es anfitrión de Valle-Inclán, enviado por el diario El Imparcial, a los frentes de guerra. Le dedicará con esta ocasión tres memorables artículos. También de Baroja, de su sobrino Ramón Gómez de la Sema y del pintor Solana entre muchos otros.

Corresponsal de El Sol, abandonó este periódico a finales de marzo de 1931, al incorporarse a su consejo de Administración personas vinculadas a la monarquía, a pesar de que Corpus había defendido siempre, a capa y espada, a este diario "cuya importancia histórica en el advenimiento de la República y en la transformación espiritual de España no la puede negar ya ni la ceguera espiritual de la pasión". ("Desmoralización de un partido", Luz, 12-V1Ü933).

Aparecieron entonces Crisol, y luego Luz. En ambas publicaciones colaborará Corpus Barga, que, desde la llegada de la República se había instalado en Madrid, como director de la agencia de La Nación de Buenos Aires.

En enero de 1933, deja de colaborar en Luz, por desavenencias con su director Luis Bello. Corpus Barga defendía una prensa republicana independiente de los partidos. Es entonces, el domingo 5 de febrero de 1933, cuando pronuncia una sonada conferencia, en el teatro Alcázar, con el título de "La República y la prensa".

Meses más tarde se producirá un cambio en la política periodística de Urgoiti y Corpus vuelve a Luz como director. "Con permiso del lector, a quien va mi primer saludo al encargarme de la dirección de Luz, quiero dejar aquí consignada mi gratitud a los queridos colegas que han acogido la noticia de mi nombramiento con palabras benévolas de amistad y compañerismo". En las páginas de Luz mantendrá un agria polémica con el socialista Zugazagoitia.

Luz desaparecerá el 7 de noviembre de 1934. Para sustituirlo aparecerá Diario de Madrid, de corta y azarosa vida. En sus páginas también aparece la firma de nuestro autor.

La República tuvo siempre en Corpus Barga un valedor de primera categoría, siempre en vanguardia de un republicanismo independiente, sin ocupar cargos de ninguna clase y nunca olvidó el entusiasmo popular ante la España que surgió el 14 de abril de 1931.

En 1936, muestra su entusiasmo por el triunfo del Frente Popular y "al estallar la guerra civil, su pluma se convirtió en látigo restallante, haciendo de su colaboración periodística barricada y fortín, parapeto y milicia". (José Altabella).

Acompañó a Machado en el doloroso camino del exilio.

Perdida la guerra se instala en París, y en 1948 se traslada a Perú. En Lima fue director de la escuela de Periodismo en la Universidad de San Marcos. Y allí murió, el 8 de agosto de 1975. Desaparecía así uno de los más grandes periodistas que ha dado España y un relevante escritor.

Corpus Barga fue toda su vida un rebelde por la causa de la libertad y a ella se entregó en todo momento. Amó siempre el trabajo bien hecho, pero también siempre ponderó su conducta ética sobre los valores estéticos. Sólo unos meses antes de morir, el 12 de junio de 1975, escribía a Manuel Aznar, compañero de juventud: "la verdad es que llevó mucho tiempo fuera de España y tengo ganas de volver. Todo lo que me lleve a España sin compromiso lo acepto". Aquel gran transbordado ponía una sola condición para volver: sin compromisos. Llevaba a rajatabla, ya en las cercanías de la tumba, y con la nostalgia de la patria lacerándole los recuerdos, todo un sentimiento numantino de no aceptar ni obediencias previas ni sombra de capitulación alguna. Y así moriría en Lima anhelando porque la libertad y la democracia tuvieran una nueva alba en la vida española.□



Don Miguel de Unamuno describió a Machado como
«el hombre más descuidado de cuerpo y más limpio de alma de cuantos conozco»



El 5 de mayo de 1941, dos años después de su muerte, Antonio Machado fue “purgado” y expulsado del cuerpo de catedráticos de instituto. Tuvieron que pasar cuarenta años para que fuera reparada aquella nefanda injusticia y en 1981, como consta en el expediente del Ministerio de Educación, fue rehabilitado como catedrático de Francés del Instituto Cervantes, de Madrid, donde ejercía al comenzar la Guerra Civil. □

